

HOMILÍA

Domingo IV durante el año

Sof 2, 3;3, 12-13

a. Contexto

Sea el profeta que sea, dentro de la literatura acogida como inspirada por Dios nos encontramos con unas formas de expresarse, de escribir y hablar distintas de las nuestras.

Se trata de parámetros de sentido culturalmente diversos de los actuales, cuyo significado se nos escapa en gran parte todavía. Aquí se basa la necesidad de conocer los géneros literarios.

La tradición de los profetas se encuadra en tres estilos: narraciones proféticas, oráculos y oraciones. En los Profetas, como en los pasajes de Sofonías que hoy nos ha amalgamado la litúrgica, abunda el tipo oráculo.

Eso, igual que en los Salmos, donde es frecuente la oración. Como contexto amplio de este pasaje, se puede esquematizar así:

- época profética del s. IX a.J.C.: estilo narrativo.
- época profética de los s. VIII-VII a.J.C.: abundancia de oráculos. Es la etapa donde viene centrado el texto de hoy.
- época del segundo Isaías: en el exilio de Babilonia (s.VI a.J.C.) Se engarza la oración en los textos proféticos.

Dentro de los oráculos se distinguen los oráculos frente a las naciones y a Israel (aquí se dan los dirigidos a un individuo representativo o a todo el pueblo).

Igualmente, hay oráculos de condena, y oráculos de salvación (cf. Sof 3, 12-13). El sentido de los oráculos, así como sus destinatarios son los dos criterios para adentrarnos en el significado salvífico de un pasaje profético.

Estas nociones previas pueden ayudarnos a centrar el valor pastoral y homilético de nuestras reflexiones, amigos: por eso las traigo aquí. Atinar con lo que nuestros hermanos nos piden no se hace a la buena de Dios.

No vale sólo con lo que a mí se me ocurra, ¿no? Para empezar con Sofonías, profeta un tanto desconocido, basta recordar que profetizó hacia el 630 a.J.C., durante la infancia del rey Josías, en Jerusalén.

Lo hace con un grito a favor de los pobres y marginados, que cobra fuerza de palabra fundacional para el movimiento de los pobres de Yahvé (los *anawim*).

Las dificultades de la vida son aceptadas con piedad (amor a Dios) por esas clases depauperadas, pero con la energía que les daba la esperanza en Dios (cf. Sof 2, 3).

b. Texto

Para empezar, el título del Libro de Sofonías presenta una genealogía del autor que enraíza a éste en la tradición yahvista en Judá. Sofonías significa *el Señor se esconde*, que dice 'acción protectora de Dios'.

La época, efectivamente, del autor, es un tiempo de oscuridad, reinando Manasés, el rey peor considerado dentro de la literatura del A.T., seguido de Amón, en su misma línea (años 689-639 a.J.C.).

La paz externa se ve acompañada de la importación de todo tipo de paganismo, precio que el rey paga por aquélla. Lo mismo sucede con Amón. Sólo cuando viene Josías, se regenera la vida espiritual del pueblo.

Y eso sucede al descubrirse el libro de la ley, tal vez después de la muerte de Sofonías. Como sea, el texto que tenemos en la liturgia de este domingo se halla enmarcado dentro de la breve profecía de su autor:

- Juicio contra Judá (cf. Sof 1, 2-2, 3).
- Juicio contra las naciones (cf. Sof 2, 4-15).
- Juicio contra Judá (cf. Sof 3, 1-8).
- Conclusión: promesas de salvación (cf. Sof 3, 9-20).

El pasaje de hoy se reparte entre la primera parte y la conclusión de todo el libro (cf. Sof 2, 3; 3, 12-13). Hay dos grupos en el pueblo: uno, sin el temor del Señor, y otro, el pueblo sencillo, lleno de esperanza.

Se trata de la esperanza del necesitado, unida a la obediencia a Dios, al cumplimiento de la ley (¡mentalidad judía!). Esta esperanza busca la justicia de Dios, para librarse del día de la ira (cf. Sof 2, 3).

Pero en medio de este mundo de sombras, viene la salvación de Dios, se cumplen las promesas. Es lo expresado con el adverbio *entonces*, cargado de sentido escatológico, sin duda.

Ahora, los causantes de la maldad serán eliminados, los fanfarrones desaparecerán. La connivencia con el poder extranjero (según Manasés) se paga, en la medida en que la fe ha sufrido, y los más fieles, también.

Se dice con la expresión de la literatura bíblica, del *resto* (cf. Sof 3, 12-13); el pueblo humilde ahora es salvado. Es la zona de los limpios que no dicen mentira: *se alimentarán y reposarán sin que nadie los inquiete*.

Se trata de una literatura judía, centrada en Jerusalén, frente a los demás pueblos del mundo. Pero el tema del resto, iniciado por el profeta Amós, adquiere aquí, en Sofonías, un carácter más universal.

Esta apertura de la salvación de Dios a todos los hombres (cf. Sof 3, 8) parte de Jerusalén. Es mentalidad israelita, acogida por la Iglesia primitiva en Cristo (cf. Mt 28).

c. Para la vida

Siempre me viene a la mente, amigo/a, cuando medito en los Profetas, la hondura de su mensaje, en la línea de llamar a ser de Dios, no sólo a actuar como Él.

Y es que la humanidad nueva, los cielos nuevos y la tierra nueva (a estilo de Isaías, Ezequiel, o Jeremías, etc.) apunta al ámbito nuevo donde el hombre se regenera: Dios.

Cuando Pablo habla de la nueva creatura en y desde Cristo (cf. 2 Co 5, 17; Gal 6, 15), no alude sólo a nuevas formas de actuar, como si la vida humana o su adaptación al medio agotara su existencia, en su iniciativa.

No, amigos: desde Sofonías hablando de esperanza hasta las comunidades primeras paulinas, cuando el Apóstol las invita a ser seres nuevos en Cristo, se trata de centrar la vida en las coordenadas de Dios.

Es cuestión de respirar en el ámbito de la vida de Dios, lanzarse, por la gracia, a realizar ya desde ahora las primicias del futuro escatológico que nos espera, abrirnos a la alegría de sentirnos hijos de Dios... y no a la estética de un mero eticismo civilizado. ¿Que cómo se come todo eso? ¡Menuda pregunta! Sentirse hijo de Dios, alegre por serlo, anunciándose a los demás, no se circunscribe a 4 cositas *light*.

Esto supera las cuatro normas para el relax psicológico, o el equilibrio emocional derivado de una ética estética, al uso de lo políticamente civilizado.

Hay en la fe cristiana algo más que forma de comportarse, moral (con el riesgo de caer en el moralismo). Semejante ética del ser correría el riesgo de estar al viento cultural que sopla en el momento.

¡Claro que la fe se vive inculturada, hasta en sus formas externas! Pero es mucho más. De verdad, amigo cuando digo mucho más no quiero hacer referencia a mitos religiosos ni literarios.

Me choca esa monserga tan de moda consistente en acusar de ontologismo. No es eso, sino una invitación a superar la apariencia de las cosas, de buscar el sentido de Dios en todo: esto es de hoy y de siempre.

Y los profetas lo dijeron a su estilo. ¿Por qué no lo decimos nosotros al nuestro?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

antoniorojas.sdb@gmail.com